



María y Santa Luisa, modelos de obediencia.

En la fiesta de la Anunciación leemos en San Lucas la hermosa historia de cómo el ángel Gabriel se acercó a María. En pocas palabras le explicó todo lo que María necesitaba saber: concebiría y daría a luz un niño que sería el Hijo de Dios. Y ella dice: "¡Hágase en mí según tu palabra!".

¿Cómo acepta ella esta misión de Dios? ¿Qué la sostiene?

Escuchó lo que el ángel le decía. Lo cuestionó cuando dijo: "¿Cómo puede ser esto?" Pero sigue escuchando y obedeciendo: ¡hágase en mí! María dice: "Sí". Un "Sí" con todo su corazón, completamente abierta. Una apertura llena de la vida de Jesucristo, ¡literalmente!

Luisa de Marillac luchó por escuchar lo que Dios quería comunicarle. Estaba preocupada por su vida cuando no había sido capaz de mantener un Voto que hizo en su juventud de entrar en un Convento.

En Pentecostés de 1623, dice que su "mente se liberó instantáneamente de toda duda". Fue el don que Dios le concedió para que por fin pudiera escuchar lo que Dios tenía reservado para ella. Sus preocupaciones parecieron desvanecerse. Al igual que en la experiencia de María con el ángel, escuchó cosas que no podía entender: que permaneciera con su marido y que llegaría un momento en el que podría hacer los votos, pero estando en un lugar de ir y venir; que no tenía nada que temer de un nuevo director espiritual; y la seguridad de que era Dios quien le estaba enseñando.

En esta Luz de Pentecostés, la Lumière de Santa Luisa, nos cuenta cómo escuchó. Tenía dificultades, pero estaba dispuesta a escuchar y a discernir exactamente cuál era la voluntad de Dios para ella. A su manera, dijo: "Hágase en mí según tu Palabra".

Esta "luz de Pentecostés" la acompañó toda su vida. La escribió en un papel y la guardó cerca de ella. La recordaba y la celebraba casi como un aniversario.

Una vez, escribió a San Vicente pidiéndole recibir su bendición en misa porque: "Esta gran fiesta (Pentecostés) que se aproxima me infunde mucha devoción de todas las señaladas gracias... que Su bondad me comunicó hace 22 años y que me trajeron la dicha de ser suya en la forma que su caridad sabe." (C. 124, Al Señor Vicente, 25 de mayo de 1645).

En 1633 ella finalmente reunió en su casa a 5 o 6 jóvenes para ayudarlas a aprender a ser Siervas de los más abandonados de su sociedad y a encontrar allí a Jesucristo. Su casa se convirtió en ese lugar de "ir y venir" del que oyó hablar en la Luz de Pentecostés.

Las jóvenes aprendieron a dedicarse a Dios. Se convirtieron en Hijas de la Caridad. Luisa les enseñó a tomar a María como modelo. En una meditación de retiro sobre la Devoción a la Santísima Virgen, Luisa les dijo: "Tomemos a Nuestra Señora como modelo para nuestra vida diaria y tengamos en cuenta que la mejor manera de honrarla es imitando sus virtudes... También debemos imitar su humildad, que llevó a Dios a hacer grandes cosas en ella." (M. 33, Devoción a la Santísima Virgen).

María es el modelo de toda obediencia. Ella escuchaba la Palabra de Dios y la seguía. Luisa modeló esa misma acción de escuchar lo que Dios le pedía y seguirlo. No siempre fue fácil. Al Sí de María y al Sí de Luisa siguieron muchas otras veces de decir "Sí" a lo que Dios les revelaba.

En nuestras propias vidas, estamos llamados a hacer esto día tras día. Escuchamos la Palabra y guardémosla. Pidamos a Dios la Gracia de la fidelidad para decir, junto con María y Santa Luisa: "Hágase en mí según tu Palabra."

Sor Mary Frances Barnes